Domingo 6 de agosto de 1995

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

ANTICIPO DE "MOLOCH", 8 *novela inédita de Henry Miller*

CINCUENTA AÑOS DE HIROSHIMA

LA BOMBA

Un día como hoy, hace cincuenta años, la ciudad de Hiroshima quedó detenida a las 8.15, cuando un resplandor inaudito la redujo a cenizas y convirtió literalmente en sombras a casi la mitad de su población. La era atómica se inició con esa nueva masacre que tres días más tarde se repitió en Nagasaki, causando un total aproximado de 340 mil muertes. En las páginas 2/3/4/5, además de la crónica del viaje del "Enola Gay", se incluye una visión actual del desastre. Un sobreviviente recuerda la mañana que no llegó a la escuela. Los científicos que inventaron la bomba se preguntan si estuvo bien lanzarla. El ingeniero Jacob Beser, que manejó los radares en las dos misiones, cuenta en una entrevista por qué lo volvería a hacer.



EL MORTIFERO VIAJE DEL ENOLA GAY Y LITTLE BOY



"¡Sonría, va a ser famoso!" La consigna sorprendió a la tripulación del Enola Gay: muchos ni siquiera sabían qué significaba "atómico".

HIROSHIMA

6 de agosto de 1945

Bautizado con el nombre de la madre de su piloto, Paul Tibbets, el bombardero "Enola Gay" inauguró de la peor manera posible la era nuclear hace hoy 50 años. En "Day One: Before Hiroshima and After", el periodista norteamericano Peter Wyden contó la gestación, la puesta en práctica y las consecuencias de la bomba atómica.

PETER WYDEN

Traducciones: Gabriela Esquivada y Marcos Mayer

El coronel Paul Tibbets, piloto del "Enola Gay", se presentó a primera hora de la tarde del 2 de agosto ante el general LeMay en la XX División de la Fuerza Aérea; lo acompañaba el mayor Thomas Ferebee, el artillero que iba a arrojar la bomba.

–Paul, el primer blanco es Hiroshima –confirmó LeMay.

El fornido general señaló a sus visitantes un mapa sobre la mesa, se inclinó sobre las últimas fotos de reconocimiento de la ciudad y le preguntó a Ferebee cuál objetivo sugeriría. Ferebee, un profesional frío, célebre campeón de poker, apoyó su dedo índice sobre el Puente Aioi -inconfundible por su forma de T–, ubicado cerca del centro de la ciudad, ligeramente al sudoeste del Cuartel General del II Cuerpo de Ejército japonés. LeMay estuvo de acuerdo.

–Es el blanco más perfecto que vi en toda esta guerra de mierda -comentó Tibbets.

Hacia las 3 de la tarde los mimeógrafos escupían las órdenes secretas de una operación sin precedentes, la Misión Especial de Bombardeo Nº 13. El primer ataque atómico de la historia tuvo entonces fecha: el 6 de agosto. El "área urbana e industrial de Hiroshima" fue ratificada como primer objetivo. La alternativa mayor era Kokura, que tenía un enorme arsenal. La segunda alternativa era Nagasaki. Niigata había sido excluida de la lista de blancos posibles por ser demasiado pequeña y aislada. La orden exigía que el bombardeo fuera "sólo visual", es decir, sin radar: la visibilidad *tenía que ser buena*, la altitud no superior a 9100 metros.

Siete aviones B-29 participarían de la operación. Uno esperaría en las islas de Iwo Jima por si el "Enola Gay" sufría algún desperfecto. Dos escoltarían a Tibbets hasta los alrededores del blanco. Otro sacaría fotos del evento. Otro funcionaría como laboratorio volante para medir las radiaciones. Los otros tres volarían adelante del "Enola Gay" hacia los distintos puntos posibles para transmitir por radio las condiciones meteorológicas.

LA PARTIDA. *La noche del 5 al 6* de agosto el clima era pesado y caluroso. En la base de Tinian, el coronel Tibbets comió unas porciones de ananá frito con el mayor Ferebee y Theodore "Dutch" Van Kirk, el navegante. El coronel trató de dormir una siesta pero no hubo caso: demasiadas interrupciones. Van Kirk tomó dos sedantes pero no pudo relajarse y se quedó levantado jugando poker con Ferebee, el campeón local, y otros dos oficiales.

Alrededor de la medianoche, Tibbets convocó a la tripulación que iba a viajar con él. Inclusive en esa reunión continuó el secreto: como "muy poderosa" calificaba a la bomba, no "nuclear" ni "atómica"; les insistió a sus hombres, sin embargo, que por nada dejaran de usar los anteojos protectores.

A la 1.37 de la mañana los tres aviones exploradores salieron de North Field. El "Straight Flush", conducido por el mayor Claude Eatherly, se dirigió a Hiroshima. A las 2, la dotación del "Enola Gay" y sus dos aviones escoltas llegaron en camiones a la pista y casi no pudieron creer lo que allí sucedía: reflectores, cámaras, equipos de filmación, generadores y una banda de fotógrafos.

El general le había enviado un mensaje a Tibbets: quería que la partida *fuera registrada para la historia*, pero el piloto quedó duro de la sorpresa al encontrarse con ese ambiente de estreno de Hollywood. "Esperaba ver caminando por la pista al león de la Metro", recordó. "Era una locura". Uno de los fotógrafos empujó a Deke Parsons contra el "Enola Gay" y le indicó: "¡Sonría, va a ser famoso!".

A las 2.20 de la madrugada, después de que el último grupo fuera fotografiado –todos se las arreglaron para parecer distendidos–, Tibbets dijo: "OK, vamos a trabajar". Torpemente, doce hombres treparon la escalera y entraron, apretados, por *la escotilla del "Enola Gay"*. Tibbetsse asomó por una ventana bajo la cual se habían reunido todos los cameramen. "¡OK, muchachos –les gritó–, apaguen las luces! Tenemos que salir". A las 2.27 encendió los motores y llamó: "Hoyuelos 82 a Torre Tinian. Espero instrucciones para despegar".

A las 2.45 Tibbets miró a su copiloto, el capitán Robert Lewis, y sólo dijo: "Vamos". El "Enola Gay" comenzó a carretear por la pista con una incómoda sobrecarga, parte de la cual eran los 26.500 litros de combustible. Con más de dos tercios de la pista recorrida, la nave seguía muy lenta. Los tripulantes se miraban unos a otros, inquietos.

–Está demasiado pesada –gruñó el copiloto.

Tibbets no contestó. Mantuvo el bombardero en la pista hasta que alcanzó velocidad para subir el tren de aterrizaje y alzar la nariz del avión, al mismo tiempo que la tierra parecía desvanecerse, convertirse en mar. Tibbets se desentumeció, tomó un poco de café y pensó si no debía revelar a la tripulación qué clase de arma llevaban. Un secreto final seguiría sin ser revelado: la cajita de metal que llevaba en un bolsillo. Contenía nueve cápsulas de cianuro. Sólo en caso de desastre –le habían indicado– debía decir a sus hombres que podían elegir entre dos maneras de evitar la tortura de los japoneses y llevarse a la tumba detalles cruciales del secreto atómico: suicidio por arma de fuego o por envenenamiento.

A las 2.52, Deke Parsons –que figuraba como armero pero era, en verdad, uno de los constructores de la bomba, y su misión era la de armarla en el vuelo– vació su pipa, tocó el hombro de Tibbets y le anunció: "Comenzamos".

Junto a Little Boy –como se llamaba el artefacto–, el teniente Norris R. Jeppson, uno de los asistentes de Parsons (el otro era el ingeniero electrónico Jacob Beser), sostenía una linterna. Era el último chequeo. Jeppson le acercaba una por una las herramientas y la escena podría haberse desarrollado en un quirófano, excepto por que las manos de Parsons quedaban negras y ensangrentadas. Muchas veces le aseguró a Tibbets por el intercomunicador que la operación iba bien.

A las 3.10 Parsons comenzó a poner pólvora en el Little Boy y conectó su detonador. En el más absoluto silencio reinstaló el blindaje. "OK –le anunció a Jeppson–, ya está". Pero la bomba no podía explotar aún. Un circuito eléctrico fundamental había quedado sin conectar, con toda precaución.

A las 4.55 –hora japonesa– el avión laboratorio y el encargado de sacar las fotos se reunieron con el "Enola Gay" y Tibbets se convirtió en el extremo de una formación en V. Algunos de los hombres comenzaban ya a sentir la tensión; aún no se sabía, sin embargo, cuál de los tres objetivos bombardearían.

Poco después de las 6.30, Jeppson volvió a visitar la bomba: le quitó tres enchufes verdes y los reemplazó por otros tres, rojos. La conexión eléctrica estaba terminada. La bomba estaba lista. Jeppson le informó a Parsons, quien a su turno se lo comunicó a Tibbets, que difundió la noticia por el intercomunicador: "*Llevamos a bordo la primera bomba atómica del mundo*".

Varios hombres se quedaron sin aliento por un instante. El copiloto silbó. La mayoría escuchaba la expresión "atómico" por primera vez.

*A las 7.25 el "Enola Gay" se acer*caba a la altura necesaria cuando recibió el mensaje vital del mayor Eatherly, a bordo del "Straight Flush". Sobrevolando Hiroshima, informó por radio: "Cielo despejado. Aconsejo que sea el blanco".

–Es Hiroshima –anunció Tibbets por el intercomunicador.

A las 8.09 Parsons fue a la cabina y se ubicó tras Tibbets. En un gran hueco entre las nubes se dibujaba una ciudad abajo.

–¿Está de acuerdo con que éste sea el objetivo? –preguntó Tibbets.

–Sí –dijo Parsons, y asintió al mismo tiempo. –Estamos a punto de comenzar con el lanzamiento –informó Tibbets por el intercomunicador–. Pónganse los anteojos protectores.

En su diminuta silla de artillero, Tom Ferebee se inclinó, su bigote contra la mira y su ojo izquierdo alerta a los instrumentos. Le pidió a Tibbets un pequeño ajuste del rumbo.

–Entendido –aceptó Tibbets.

Treinta segundos después de las 8.13, el piloto le comunicó a Ferebee: "Es toda tuya".

Tantas veces había estudiado Ferebee cada milímetro de las fotografías tomadas al objetivo que el



RELATO DE UN SOBREVIVIENTE

EL INFIERNO

EN LA TIERRA

paisaje le resultaba absolutamente familiar: los grandes terrenos que penetraban el golfo, los siete dedos del río Ota, las calles que simulaban las nervaduras de una hoja. La T del Puente Aioi se fue ubicando en la cruz de su mira.

–Lo tengo –dijo.

Diecisiete segundos después de las 8.15 se abrieron automáticamente las compuertas de la sala de bombas. Entre sus piernas y a través de los anteojos protectores, Ferebee vio cómo la bomba caía, primero en posición horizontal, luego con la punta dirigida hacia el blanco.

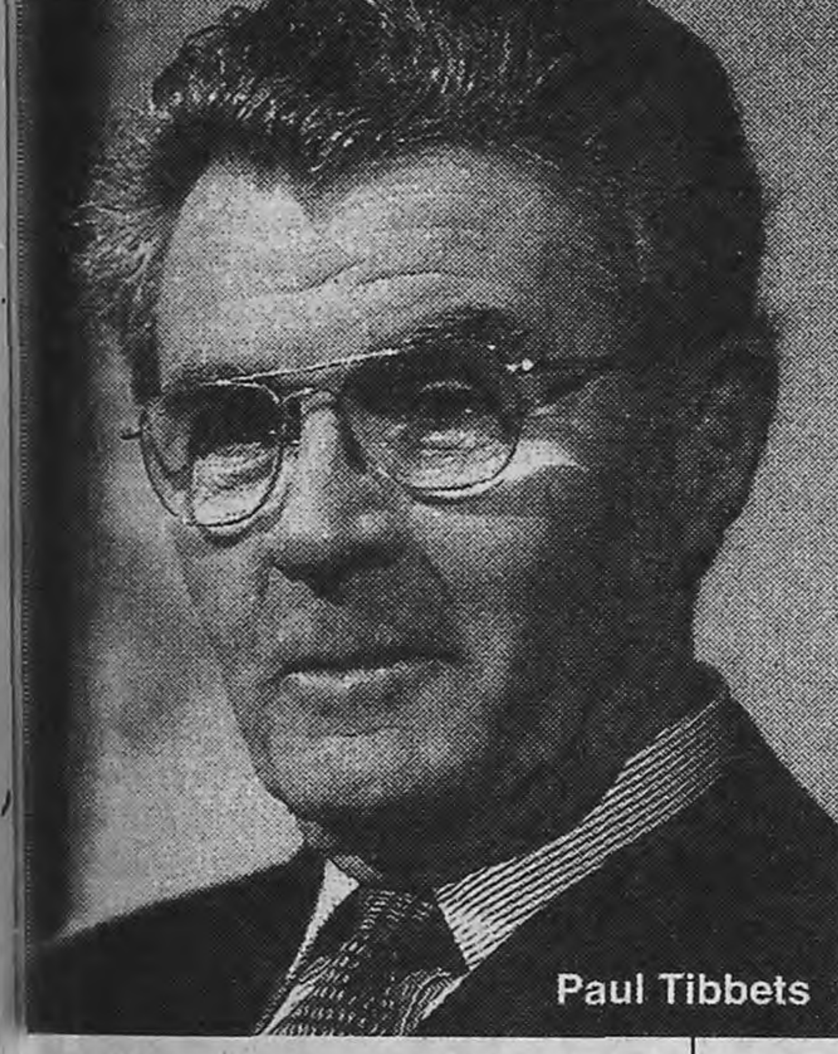
–¡Fuera bomba! –gritó Ferebee.

Aliviada de 5000 kilos de peso, la nave ascendió. Tibbets viró 158 grados a la derecha. Faltaban 43 segundos para que detonara la bomba. A los 35, se puso los lentes protectores; como no podía ver bien, los tiró al piso.

–¿Se ve algo, Bob? –le preguntó a Caron, el artillero de cola, por el intercomunicador.

–No, señor.

Jeppson había comenzado su propia cuenta; llegó a 43 y se detuvo. "Esta porquería no estalla", pensó.


Paul Tibbets

En ese momento, una luz intensa llenó la nave y Caron vio una enorme masa circular de aire que se elevaba y se expandía, como si "un anillo de algún planeta distante se hubiera liberado y se viniese hacia nosotros".

Aulló una advertencia; una atronadora onda expansiva zarandeó el bombardero. Para Tibbets sonó como una vaina calibre 150.

Otro sacudón elevó el avión. Como el anterior, pasó rápidamente. Una vez más, ningún signo de daños.

–OK –anunció Tibbets–, ésa fue la segunda onda expansiva. No habrá otra. Todos tranquilos.

Mientras Hiroshima se perdía de vista, Caron daba cuenta en el grabador: "Una columna de humo viene ascendiendo, rápidamente. Tiene un centro rojo, ardiente... Por todos lados surgen fuegos... Hay demasiados, no puedo contarlos... ¡Acá viene el hongo del que nos había hablado el capitán Parsons...!"

Lewis, el copiloto, no paraba de decir: "¡Mire eso, mire eso!", mientras golpeaba el hombro de Tibbets. Ferebee, el artillero, se preguntó en voz alta si la radiactividad no los dejaría estériles, después de todo. Tibbets grabó que se sentía "horrorizado" por una "destrucción mayor de lo que podía imaginarme".

Envió un mensaje por radio: "El objetivo fue bombardeado, con buenos resultados".

Cuando Parsons escuchó los términos se le pusieron los pelos de punta: "¿Buenos?" Le envió un mensaje codificado a Farrell: "Resultados a la vista. La misión fue un éxito en todos sus aspectos. Los efectos superan a Alamogordo. Condiciones normales en la nave luego del lanzamiento. Volvemos a base".

En el asiento del copiloto, en su propio registro de la Misión Nº 13, Lewis escribió: "¿Dios mío, qué hicimos?"

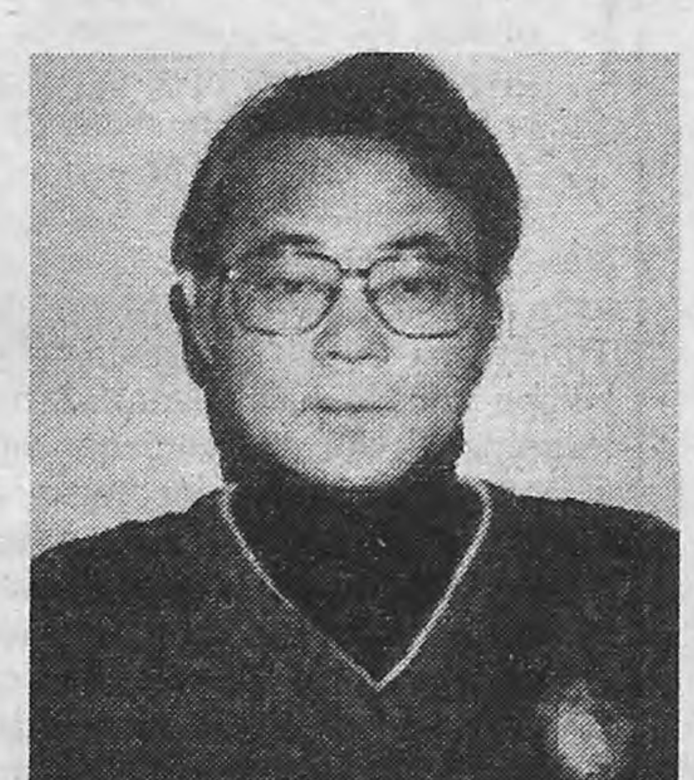
EL CENTRO DE LA VIDA Y LA MUERTE. Frente a la T del Puente Aioi, una luz brutal y azulada bañó la sala de maestros de la escuela primaria Honkawa. Habían pasado ocho segundos de las 8.16 de la mañana en el centro deHiroshima. La maestra Katsuko Horibe no escuchó nada. A su lado, una ventana reventó. Los vidrios se le clavaron en el cuero cabelludo, la frente, el brazo izquierdo, pero no sintió nada. Se arrojó bajo un escritorio pero olvidó protegerse como le habían enseñado en los simulacros: con las manos tapando los ojos, los pulgares protegiendo las orejas. Aunque no sabía qué había sucedido, estimó que ya había terminado: estaba oscuro y silencioso como si fuera noche.

Una reunión de maestros estaba programada para las 8.30, pero como nadie podía creer en la puntualidad de una cita, la señorita Horibe había llegado un poco más temprano. Todos sus colegas murieron camino a la escuela. El puñado de sobrevivientes que, como la señorita Horibe, escaparon de una muerte casi automática cerca del epicentro, le debieron sus vidas a la suerte y a la solidez de las escasas estructuras que no estaban hechas de madera.

Innumerables accidentes de tiempo y lugar salvaron vidas o hicieron que se perdieran esa mañana pesada y calurosa en Hiroshima, empezando por el rumbo accidentado del mismo Little Boy. La bomba erró al Puente Aioi por unos 250 metros y explotó a poco más de 600 metros sobre el Hospital Dr. Shima, dos cuadras al sudeste de la escuela donde esperaba la señorita Horibe. El hospital y todos sus pacientes se evaporaron; en las afueras de la ciudad, su dueño, el doctor Shima, siguió pedaleando, indemne, en la bicicleta que usaba para atender enfermos a domicilio.

El epicentro estuvo en el patio del hospital. Fue el eje de la rueda de muerte nuclear, el punto de la tierra exactamente bajo la explosión, el foco del nuevo universo de Hiroshima. En menos de medio segundo, rayos de más de 3000 grados provocaron quemaduras de primer grado en un radio de tres kilómetros a la redonda. El 88 por ciento de la gente afectada en los 500 metros circundantes murió instantáneamente o a lo largo del día. La mayoría de los otros dentro de ese círculo perecieron semanas o meses después. Aproximadamente 130.000 personas de las 350.000 que vivían en Hiroshima murieron entonces. Todos los que estuvieron allí el 6 de agosto supieron a qué distancia del epicentro el destino los ubicó a las 8.15 de la mañana. Y todos los que sobrevivieron no hablaban sino del epicentro, el lugar desde donde se medían la vida y la muerte ●

Keiji Nakazawa tenía seis años y vivía en Hiroshima en 1945. El 6 de agosto por la mañana se dirigía a la escuela cuando una claridad gigantesca cubrió el cielo de su ciudad y sembró el horror.





KEIJI NAKAZAWA

Ni un día ni una noche sin un alerta! Nos falta el sueño. El agotamiento nos gana. Y el cielo de Hiroshima permanece inmutablemente azul. La enorme, bella luz del sol del verano subraya el paisaje de las colinas que ondulan alrededor de la ciudad. Hacia las siete toda la familia se reúne para el desayuno. De repente suenan las sirenas. Todo el mundo se sorprende.

–Es una mañana rara –señala mi padre.

Siempre inquieta, mi madre nos lleva hacia el refugio del barrio. Distinguimos algunos aviones. "Son, sin duda, aviones de reconocimiento", nos decimos con mi hermano y admiramos esa pequeña nube de un blanco metálico que titila en el fondo azul del cielo. Los cuatrocientos mil habitantes de Hiroshima se mueven dentro de sus barrios. El alerta apenas los sacude. Una vez más, los vuelos de los B-29, en forma de rombo, interminables y tan repetidos, no llegan. Los tranvías retoman su danza. En esa época no había vacaciones para los escolares. Por lo tanto, yo tomo mis útiles, saludo a mi madre que extiende el mantel en el balcón del primer piso y a mi padre que trabaja en la planta baja. Parto hacia la clase con mis compañeros del barrio. La escuela primaria se encuentra a ochocientos metros de la casa, no más. Me preparo a cruzar el portal cuando me llama la madre de un amigo. Me acerco a ella, al costado de un grueso paredón. Mientras habla, contemplo el cielo... Un B-29 sobrevuela el centro de la ciudad.

–Señora, ¡es un B-29!

–Es raro, no escuché el alerta...

De repente, como un rayo, una claridad gigantesca cubre el cielo. Una bola gigante, fulgurante, roja, blanca... Incandescencia, absoluto... Pierdo el conocimiento. Enola Gay, el bombardero maldito, acaba de lanzar furtivamente su bomba atómica... Abro los ojos. No sé desde cuándo estoy ahí. Trato de levantar la cabeza pero siento un dolor en la mejilla derecha. Paso la mano por la cara y retiro un clavo que me ha desgarrado la carne. Me agito un poco, tratando de levantarme pero mi cuerpo está atrapado bajo piedras, ladrillos, ramas de árboles y pedazos de madera. Veo la pared de la escuela que se sostiene peligrosamente sobre mí. Reúno toda mi energía y consigo salir de mi lecho de escombros. Busco instintivamente mis útiles y mi sombrero antigolpes. Siempre a tientas trato de buscar el riel del tranvía más próximo.

Veo a la madre de mi compañero doblada sobre la espalda. Su cuerpo está totalmente carbonizado, sus cabellos retorcidos y quemándose; los trozos de ropas enrollados alrededor de su cuello y de su talle flotan como algas en el agua. En medio del rostro calcinado sus ojos blancos parecen mirarme con frialdad y cólera. Sin comprender en absoluto lo que ha pasado, camino por la mitad de la calle. No encuentro nada familiar en el paisaje. El desastre supera mi imaginación. Atontado, contemplo una especie de tela de araña: un amasijo de cables eléctricos y de postes puestos al sol, masacrados. Los gruesos hilos del teléfono rodean un pilar, parecidos a serpientes calcinadas. Todas las casas, destruidas como por un golpe de cohetes monstruosos, un verdadero dragón caído del cielo, se mueven como olas al costado de la calle. El cielo se cubre de un humo grisáceo. Se diría que gotas de tinta china se diluyen sobre la superficie del agua. Enormes pájaros giran desordenadamente. Me doy cuenta enseguida de que se trata de pedazos de madera y de chapa que retumban. Entre las casas destruidas, rugen llamas de un rojo vivo. El incendio se extiende, va de un poste al otro, con el movimiento elástico e implacable de un reptil de cien cabezas. Inconscientemente, me dirijo hacia una casa. Tengo la impresión de no avanzar. De repente, entre dos resoplidos de humo repelente, veo gente, sombras, cinco o seis mujeres en harapos. Al acercarme a ellas para hablarles veo sus cuerpos acribillados de pedazos de vidrio. Una de ellas tiene las costillas erizadas de una especie de pequeñas flechas. Debía haber estado cerca de una ventana. La otra con el rostro repleto de esos monstruosos proyectiles, tiene los párpados clavados de elementos cortantes. Ciega, marcha tendiendo los brazos hacia adelante. De repente, una mujer con los cabellos polvorientos y desechos llama mi atención. Sus senos extrañamente azules surgen de sus vestimentas desgarradas. Estoy estupefacto. Comprendería más tarde que ese color indescriptible tenía como origen el vidrio que había penetrado bajo su piel. Las mujeres perdían mucha sangre mientras caminaban. Cada uno de sus pasos traía el sonido del vidrio que se entrechocaba. Retomo el camino hacia la casa. A la izquierda de la calle personas ennegrecidas, casi desnudas, permanecen sentadas con los ojos dirigiéndose al cielo, despavoridos. No puedo distinguir si son hombres o mujeres. A la derecha, el material de lucha contra incendios parece en buen estado. Algunos, menos heridos, se acercan y lo ponen a funcionar.

Cuando llego, el agua comienza a correr. Un grupo de heridos se aproxima. Las mujeres se arrojan el agua sobre la piel y tratan de sacarse los pedazos de vidrio. La sangre corre. Los más quemados, semidesnudos, buscan acercarse desesperadamente al agua arrástrandose sobre las rodillas destrozadas. Todos desplazándose maquinalmente, sin ruidos, sin gritos de dolor. Me hacen pensar en larvas de insectos. Me pregunto si las personas no se vuelven insensibles al dolor cuando el horror franquea todos los límites del razonamiento y del entendimiento humano.

Casi de inmediato, escucho una explosión. Me doy cuenta de que llegué a casa. Las casas arden. La calle se ha transformado en una chimenea. Antes de que pueda reconocer bien los lugares, un inmenso océano de fuego devora al barrio. Me escapo, el miedo me invade. "¡Estoy totalmente solo!" La angustia me hace gritar "¡Papá! ¡Mamá!", hasta destrozarme la garganta... Nuevamente en la calle del tranvía, vuelvo a percibir formas humanas. Se arrastran. Una verdadera procesión de fantasmas avanza sin sentido ni razón. Todos están desnudos, la piel en jirones lacerada por el vidrio. De cada herida sale sangre grisácea, desecada, calcinada. Algunos avanzan como animales sosteniéndose el vientre de donde les salen los intestinos, otros tienen un ojo casi salido. El globo ocular les cuelga sobre la mejilla. Uno a uno se van derrumbando. Descubro a otros crucificados en los árboles, atravesados por las ramas rotas, parecidos a ranas o a pequeños peces capturados por un indio. En medio de esos seres y de las llamas, no dejo de gritar buscando a mis padres. Jamás se me pasó el miedo que sentí en ese momento. Por casualidad, me encontró una vecina. Vestida con restos de ropa interior, roja de sangre, se lava en una canilla y se quita los pedazos de vidrio clavados en la carne: "¡Kei-tchan! Tu madre está en la estación, un poco más lejos, ve rápido a verla".

Trato de correr hacia mi madre pero la multitud se desplaza con lentitud y detiene mi marcha. Me doy cuenta de algo extraño. En esa multitud semidesnuda, ennegrecida por el fuego y el humo, cuelgan y se mezclan pedazos de ropa quemada y de piel cocinada. Sólo las camisas y los pantalones blancos parecen intactos. Esto da la impresión de que los fantasmas blancos avanzan solos. Aprendí más tarde que el estallido de la bomba había lanzado sobre la ciudad un rayo instantáneo cuya temperatura sobrepasaba los cinco mil grados. Este inmenso calor se había reflejado sobre los objetos blancos como en un espejo. Se trata de un fenómeno físico banal que alcanza una dimensión demoníaca en las circunstancias apocalípticas de una explosión atómica. Bajo el régimen militarista, el uso de vestimentas llamativas estaba prohibido. La mayor parte de las personas se vestían por entonces con ropas oscuras. Las quemaduras de los sobrevivientes no son sino más terribles. Las quemaduras mutilan los rostros y los cuerpos de las personas. Su piel se cubre de ampollas y se hincha. Los depósitos de agua subcutáneos estallan. Los jirones de piel quemada cuelgan, mezclados con la ropa y los cabellos. La piel de un hombro, separada de la carne, cubre la del brazo. Desollados vivos, las personas caminan sin rumbo con la piel de los brazos, detenida por las uñas, agitándose en el sol.

Escenas parecidas a ésta resultan incontables. Los cuerpos moribundos, despedazados, arrastrando la piel en sentido literal, traen la trágica impresión de una tropa de muertos vivos deambulando en un magma lento, blando, agonizante. Llego por fin a la estación donde se debía encontrar mi madre ●

JACOB BESER, EL MILITAR QUE ESTUVO EN LAS DOS MISIONES

"LO VOLVERIA A HACER"



El ingeniero electrónico Jacob Beser se ocupó del radar en los vuelos que llevaron la destrucción a Hiroshima y Nagasaki. En esta entrevista cuenta la preparación de las dos misiones y emite juicios que, cincuenta años después, repiten el horror.

BRUCE GOLDFARB

Piensa seguido en agosto del '45?

–Sí, pienso porque personas como usted y otras no dejan que uno olvide. No es que me ocupe de olvidar, pero siempre hay gente que se ocupa de hacerme recordar.

–¿Cómo se enteró de la misión?

–Estaba en Wendover hacía dos días cuando fuimos llamados al auditorio de la base a reunirnos con Paul Tibbets, el nuevo comandante del cuerpo 393. Dijo que íbamos a formar un grupo nuevo e independiente, capaz de operar en cualquier lugar del mundo, cuyo propósito no nos iba a ser revelado por el momento. Se trataba de algo secreto. Y agregó que todo el mundo podría irse a casa en dos semanas con excepción del teniente Jacob Beser, quien debía reportarse a su despacho de inmediato. Entré a su oficina con dos personas más del ejército, un oficial naval y un civil, el doctor Al Brode, quien había acabado de llegar de la universidad. El cerebro se me iluminó y dije: "Eh, este tipo es un genio de la física". Brode me miró fijo a los ojos y dijo: "¿Qué le parece el combate aéreo?" "Tengo un par de alas" le contesté, "para eso fui entrenado. ¿Cuál es el problema?" Me dijo: "El trabajo que queremos que haga no es algo para lo cual la gente de nuestra organización no esté preparada, pero es muy valiosa como para arriesgarla". Pude sentir cómo disminuían mis expectativas de vida y cómo subían mis primas de seguro. Varios días después se nos dijo que debíamos estar en la línea de vuelo a las 7 de la mañana del día siguiente con equipaje para tres o cuatro días. Pregunte adónde íbamos. "Lo sabrá cuando estemos allí". Resultó ser Los Alamos. Fui escoltado allí por el coronel Tibbets y el capitán de navío Richard Ashworth. Fuimos directamente al despacho del doctor Norman Ramsey, que era un joven graduado de la universidad de Columbia. Dirigía la sección de fusión y combustión.

–¿Nadie mencionó la palabra atómica en esa reunión?

–No. Me hablaron sólo de un "arma". Ramsey dijo que pretendían que ese arma explotara en tierra desde una altitud precisa, que estaban trabajando algunos problemas y que todavía no estaban tan avanzados como debían. Almorzamos en el pabellón con Nils Bohr, Enrico Fermi, Hans Bethe. Todo empezaba a juntarse. Entonces en conversaciones con Ramsey él fue enterándome sin decir jamás palabra alguna sobre la bomba atómica. Habló sobre fuerzas fundamentales del universo. Dio vueltas alrededor de esto y pronunció la palabra madre.

–Usted fue la única persona de la tripulación que estuvo en ambas misiones. En la segunda ya era un veterano.

–Sí. Pero a veces me hubiera gustado no serlo, dado lo que pasó en la segunda, que no fue tan tranquila como la primera. La primera fue como en un manual. En la segunda misión el pronóstico del tiempo era poco apropiado para empezar, así que uno de los aviones perdió el punto de encuentro; estuvo en el aire dando vueltas pero jamás pudimos encontrarnos con él.

–Y la bomba cayó lejos del blanco.

–La primera tampoco dio en el blanco, lo sabe.

–Sólo por doscientos cincuenta metros.

–Bien, pero erramos. Quiero decir que hubo gente que nos dijo que estábamos preparados, que habíamos practicado como para hacerlo mejor. Pero es académico discutir cuántos se mataron por unos metros de diferencia. Pero en el segundo teníamos seiscientos galones de nafta que no pudieron ser tocados porque el tanque auxiliar no funcionó. Nuestro blanco primitivo de acuerdo al reconocimiento del clima era Kokura. Pasamos sobre Kokura y estaba en llamas y llena de humo. Habían bombardeado la ciudad de Yawata dos noches antes y todavía estaba en llamas. Kokura estaba al alcance del viento. Dimos vuelta alrededor por una hora, quemamos novecientos galones de nafta y ya no teníamos suficiente porque no podíamos tocar el otro tanque. No habíamos lanzado aún el arma y los japoneses se iban poniendo inquietos. Se tomó una decisión para salir pronto de allí. Debíamos ir hasta Nagasaki y le dije a Ashworth si quería que yo trazara un rumbo y lo pusiera directamente sobre el centro de Nagasaki. Si me decía qué parte de la ciudad quería atacar, yo podría hacerlo. No veía razón para abortar la misión. Nos acercamos bien a Nagasaki, estaba tal cual nos lo había indicado el reconocimiento aéreo. Los últimos diez o quince segundos se abrió un agujero en las nubes y Behan (el bombardero) dijo: "Lo tengo, lo tengo" y lanzó. El único problema era que tenía un agujero un millón de veces más chico del necesario para saber sobre qué estaba bombardeando. Tenía algo en su mira que creyó era su blanco exacto. Estaba a tres millas al noroeste. Justo en medio de este valle industrial estaba la planta de Mitsubishi y la industria pesad

–¿La gente de la industria aeroes pacial piensa todavía en usted com Jacob Beser el de...

–A veces, a veces.

–¿Lo pone incómodo?

–No más que a alguien que es u golfista profesional. Es algo que ocur rió en mi vida. Las personas cercana a mí en Baltimore, en Westinghouse piensan que es grandioso. Cada ve que conseguimos un nuevo cliente s lo hacen saber, especialmente si e miembro de la Fuerza Aérea. Y es alg pesado si son jóvenes. Pero uno deb hacer su trabajo.

–Cuando estaba en el "Enola Gay" cuando se lanzó la bomba ¿cómo s veía todo?

–No estaba mirando la pantalla de radar. Tenía mis propios instrumento y estaba ocupado con ellos. Vi l fusión después de que la bomba se sep aró del fuselaje, fijé el tiempo de deten ción en diez segundos, le di tiempo aclarar. Vi llegar la fusión y todo l que ocurrió y luego todo desapareció Al mismo tiempo que desapareci hubo un gran relámpago que ilumin el interior del avión. No pude usar lo

D

• Un sondeo del Instituto Roper, re ne en evidencia la aprobación masiva nos a la utilización de la bomba contr

1. En ningún caso habríamos emple ca: 4,5 por ciento

2. En principio deberíamos haberl gión no poblada

para exhibir su poder a los japone gunda sobre una ciudad salvo que no 13,8 por ciento

3. Debimos utilizar la bomba en d se hizo: 53,5 por ciento

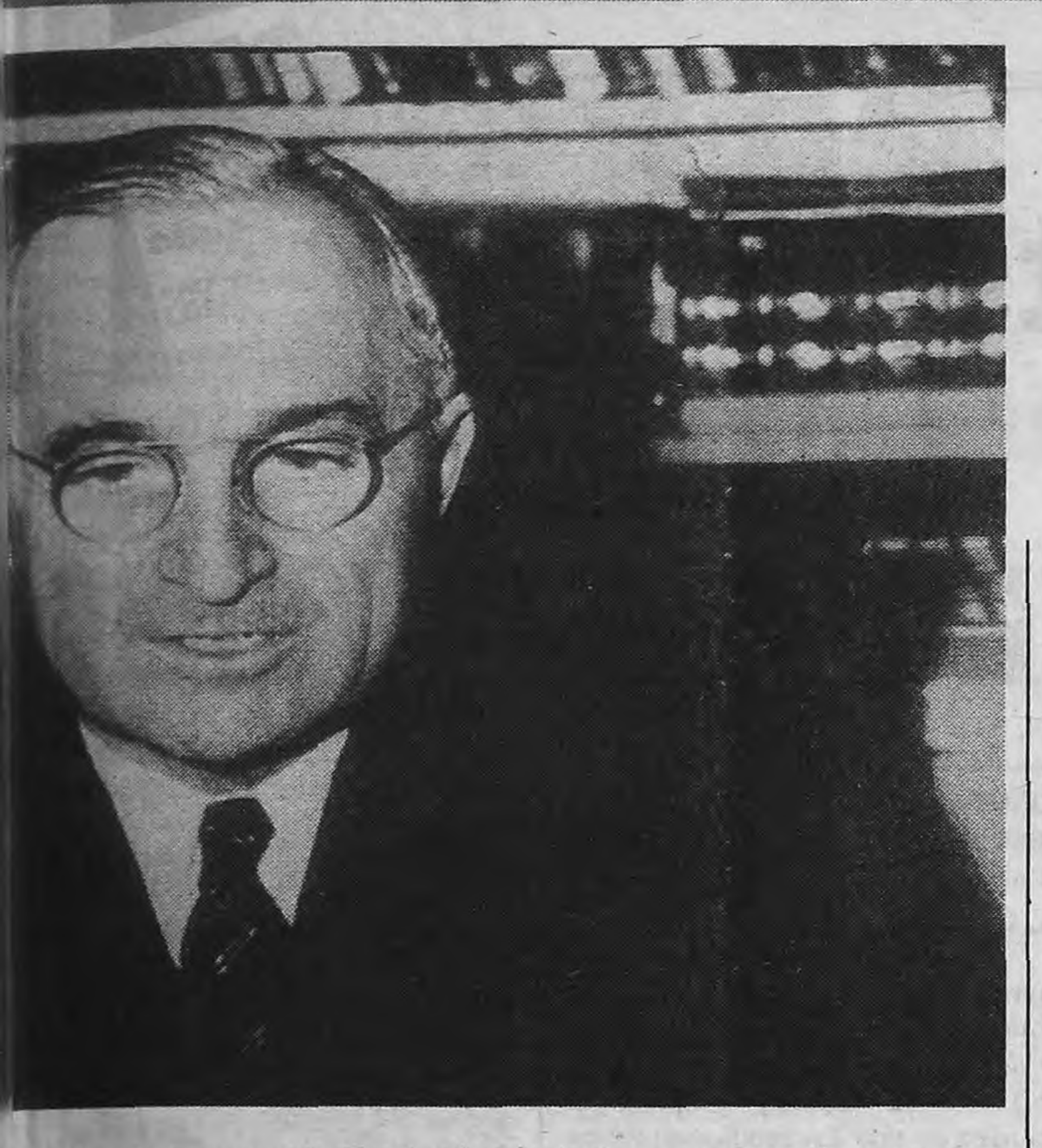
4. Debimos haber lanzado rápidame tes de que el Japón hubiera tenido oca por ciento

5. No sabe/no contesta: 5,5 por cie

• Little Boy parecía una bomba co un peso algo inferior a los 5000 kilo de largo y 1,5 de diámetro. Llevaba e poleta de percusión, conectada para e metro de altura: la espoleta debía pro en la parte trasera del aparato que, a s pequeña masa de uranio 235 a una ve tros por segundo.

• Nadie que estuviera a 500 metro vivió al estallido. En el cinturón de c hospital Shima, los cuerpos carboniz toda identidad. A la entrada del banco tros al sur del epicentro, la huella de u presa en los escalones de granito. Seg tado cuando lo alcanzó la bomba, por beza y de la espalda se perciben clara nas que caminaban por el puente del brazos del Ota, dejaron también sus i tas junto a la balaustrada.

• A médio kilómetro del epicentro, atómico fue de 19 toneladas por metr lómetro fue de 10 toneladas; a tres ki nelada y media. Todos los edificios de



os tal como se suponía. Estaba
do analizando el entorno y ase-
dome de que no ocurriera nada
Estaba buscando señales.
lo me acerqué a la ventana, dos
minutos después, la nube esta-
allí, el hongo que se ve. Todavía
hirviendo y cambiando de col-
miré hacia afuera y no lo podía
Parecía como... como ir a Ocean
estar un metro sobre el agua y se
no se sacude y se mueve la arena.
era como si toda la maldita tier-
stuviera haciendo. Y podía ver
s fuegos encendiéndose en los
os. Jamás pude ver lo que pasa-
las ciudades.
e habían hablado de los efectos
dían esperarse?
Durante la instrucción nos
aron un dibujo del hongo. Nos
on de esos fuertes efectos de la
ión, pero eso fue todo. No había
que pudieran hacer.
ando la gente le habla de esa
encia, ¿cuál es la pregunta más
nte?
lo volvería a hacer.
lo volvería a hacer?
adas las mismas circunstancias, con el mismo contexto, la respuesta es sí. Sin embargo, hay que admitir que las circunstancias ya no existen ahora. Y probablemente jamás se repitan. No siento arrepentimiento ni remordimientos. De acuerdo al grado de participación de nuestro país estábamos frente a tres, cuatro años más de guerra. El mundo, en realidad, había estado en guerra desde los '30 en China, continuamente, y millones y millones de personas habían muerto. Sumemos esto al asesinato deliberado en Europa y es una especie de burla hablar de "esa gente que murió instantáneamente". No es verdad. Para noviembre de 1945 estaba planeada una invasión al Japón. Se iban a lanzar tres millones de personas contra Japón. Había alrededor de tres millones de japoneses luchando por la defensa de su patria y había una población potencial de víctimas de un millón de personas. Esto fue lo que se evitó. Si se toma la mayor estadística de víctimas de las dos ciudades, digamos, trescientas mil personas combinadas entre Hiroshima y Nagasaki contra un millón. Lamento decirlo, fue un buen cambio. Es una manera muy fría de considerarlo, pero es la única

S DE LA MUERTE

1945, po-
eamerica-
lba atómi-
in una re-
zar la se-
rendido:
tal como
mbas an-
irse: 22,7
cero, con
25 metros
r una es-
dio kiló-
xplosión
raría una
1500 me-
ro sobre-
leaban el
perdido
250 me-
uedó im-
taba sen-
de la ca-
ve perso-
no de los
enicien-
el viento
a un ki-
una to-
ron des-

truidos. En los huracanes más poderosos que se conozcan, la presión jamás supera la media tonelada por metro cuadrado. Los bosques de Onagacho y de Futabano-sato, a tres kilómetros, se perdieron por completo: todos los árboles fueron descuajados y ardieron durante ocho días.

• Nueve segundos después de la explosión, 1327 hectáreas de la ciudad de Hiroshima estaban en llamas; 56.111 casas habían sido destruidas por el fuego y 6820 por el vendaval atómico.

• Sobre Hiroshima cayeron neutrones y rayos gamma producidos por la fisión nuclear, rayos gamma y beta emitidos por los elementos nuevos que se originaron durante la reacción en cadena y rayos alfa -engendrados por los componentes del uranio 235– que se dispersaron sin fisurarse. Pero hubo, además, una cuarta fuente de radiación: los neutrones, partículas tan pesadas como un átomo de hidrógeno, que al penetrar en el núcleo de cualquier objeto modifican su composición y lo convierten en radiactivo. Cada rayo poseía su propia cualidad: los rayos alfa, que generan una corriente de iones de helio, se cuelan profundamente en la piel humana. Los rayos beta, que suscitan una corriente de electrones rápida como la luz, se infiltran en la piel con mayor facilidad todavía y destruyen las células. Pero los rayos gamma son más temibles: forma una suerte de onda electromagnética, delongitud inferior a la de los rayos X, y cuando penetran en el cuerpo llegan hasta sus vísceras y las aniquilan.

• Recientemente se midieron científicamente las tasas de radiación de la tierra y en las ruinas de los edificios conservados en el epicentro de la explosión. Los resultados se mantienen en secreto; se sabe que el atolón de Bikini será inhabitable por 24.000 años a causa de la contaminación radiactiva provocada por los ensayos nucleares norteamericanos de 1950.

• Los muertos en Hiroshima y Nagasaki pueden estimarse en 340.000; aun en la actualidad, sigue habiendo víctimas: entre agosto de 1993 y agosto de 1994 murieron más de 5000 personas por efecto de las radiaciones

LA VIDA DESPUES DE LA FUSION

Hoy son octogenarios, sus carreras conocieron la fama o el abismo, pero siguen teniendo algo en común: no pueden dejar de pensar que de su tarea en el Proyecto Manhattan nació el arma más destructiva de la historia. Edward Teller, Hans Bethe y Glenn Seaborg se debaten entre el orgullo y la vergüenza de ser los padres de la bomba atómica.

JONATHAN WEISMAN

Edward Teller sabía que la pirotecnia iba a ser espectacular: una explosión nuclear nocturna en lo alto de Japón. El mismísimo paraíso centellearía en ese blanco incoloro y brillante, como si luego de cuatro interminables años de guerra un dios iracundo llegara para anunciar su juicio. Ningún daño, ninguna muerte: sólo la rendición.

Podría haber sido así, masculla Edward Teller en su voz de barítono, con un leve acento húngaro; así y no como fue, con decenas de miles de cuerpos carbonizados y sobrevivientes llorosos, con la carne colgándoles, goteándoles de los brazos. Esas imágenes persiguen desde hace cincuenta años al más famoso campeón del átomo. "No sé qué hubiera pasado si no hubiéramos tirado la bomba. Pero estoy convencido de que hubiera sido la forma más sabia de mostrar todo lo que podía hacer. Si hubiera sido así, y si hubiera habido éxito, podríamos haber ingresado en la era atómica en términos mucho más razonables".

Pero ésa es la historia de lo que podría haber pasado. Lo que pasó es muy distinto: hace hoy cincuenta años, el vientre del bombardero norteamericano "Enola Gay" se abrió para dejar caer a Little Boy sobre Hiroshima; tres días más tarde, otra bomba, Fat Man, destruyó Nagasaki. Los muertos de ambos ataques suman cualquier cifra entre 130.000 y 340.000. Los sobrevivientes sufren cáncer en un 63 por ciento más de lo normal. Los científicos que construyeron la bomba no ignoran estos datos, ya no. Retirados, casi todos en sus ochentas, con sus reputaciones consolidadas o perdidas hace largo tiempo, estos hombres tienen tiempo de pensar. Y enfrentan el 50º aniversario de la bomba con arrepentimiento, ira u orgullo, pero nunca con alegría.

La concepción de la bomba tiene fecha: el 30 de julio de 1939, cuando tres exilados húngaros, Leo Szilard, Edward Teller y Eugene Wigner visitaron a Albert Einstein en su casa de Long Island para convencerlo de que firmara una carta al presidente Franklin Delano Roosevelt. "Es concebible –escribió Einstein– que puedan construirse así bombas extremadamente poderosas, de un nuevo tipo. Una sola bomba de esta clase, llevada por agua y detonada en un puerto, podría sin dudas destruir todo el puerto junto con buena parte de sus alrededores."

La carta lanzó el Proyecto Manhattan, un esfuerzo de 2000 millones de dólares que partiría del laboratorio metalúrgico secreto de la Universidad de Chicago hacia Oak Ridge, Tennessee, donde se conseguiría el uranio para la bomba de Hiroshima; hacia Hanford, Washington, donde se crearía el plutonio para la pesadilla sin fin de Nagasaki, y finalmente hacia un desierto en New Mexico, cerca de Los Alamos, donde se construirían las bombas.

Cuando la bomba estaba casi hecha, Teller comenzó a pensar en algo. Su viejo amigo Szilard, en la Universidad de Chicago, le había mandado una petición para prohibir el uso militar de la bomba. "Me gustó mucho lo que me proponía –comienza a recordar Teller– pero sentí que no debía juntar firmas sin preguntarle a Robert Oppenheimer, el director. Oppenheimer recibió la nota con una hostilidad infrecuente en él, con un lenguaje nomuy correcto. Y hoy lamento decir que no sólo me persuadió de no firmar el petitorio sino también de no hacerlo circular siquiera".

Hans Bethe no puede dejar de sonreír, como si las historias del pasado, irreversibles, no fueran más que un entretenimiento. En 1942, a Bethe lo parecía una ridiculez que Estados Unidos intentara construir una bomba atómica. Los recursos necesarios –en hombres, en dinero, en intelecto– eran impensables para el tiempo de guerra.

"Sólo lo tomé en serio cuando Oppenheimer me llamó y me contó que tenía confianza en conseguir resultados", recuerda Bethe. "Fui a Chicago y allí Edward Teller me mostró lo que estaban haciendo. Estaba muy entusiasmado, pero a mí me convencieron los hechos".

Bethe no tiene paciencia para los científicos que todavía se inquietan por el uso de la bomba. "Hasta donde yo sabía, estábamos en guerra, una guerra muy seria, con Japón. Sabíamos de la terrible resistencia de los japoneses. Sabíamos que cada isla que conquistábamos era una lucha a muerte. Así que, obviamente, tener la bomba atómica era una manera de terminar la guerra". En su voz no hay duda ni se percibe un examen de sus sentimientos. Bethe hizo su investigación y quedó contento con los resultados. Cuenta la historia de los días que siguieron al 6 de agosto. El gabinete del emperador estaba dividido entre los civiles que querían rendirse y los militares que no querían. Inclusive luego de que el emperador grabara el anuncio de su rendición incondicional, un joven oficial trató de interceptar al mensajero antes de que llegara a la radio. "Por eso no creo que hubiera servido una demostración. Nunca le habrían dicho al emperador".

El plan de Teller le da risa a Bethe: "¿Qué le hubiera demostrado a la gente un fulgor monstruoso sobre el puerto de Tokio? A nadie le hubiera quedado claro que esa luz podría destruir una ciudad".

En diciembre de 1940, el químico Seaborg y el físico Edwin McMillan crearon por primera vez plutonio, un metal inestable, radiactivo y más pesado que el uranio. El 28 de marzo de 1941, Seaborg empezó a pensar que podría ser el ingrediente central de una bomba atómica. Pero sólo habían podido crear una mínima cantidad de plutonio. Tendría que arreglárselas para sacar de esa millonésima parte de un gramo varios kilos. "Sí, era una tarea de proporciones". Seaborg habla lentamente, pensando cada palabra, sin pasión, como si a los 83 años las emociones del pasado se hubieran perdido para siempre. "Sí, era algo único en la historia de la humanidad." Al comienzo del Proyecto Manhattan, en la Universidad de Chicago nadie se preocupaba demasiado por el significado de la bomba o por cómo se la usaría, cuenta Seaborg. "No recuerdo haber pensado en ello. Nuestra preocupación principal era derrotar a Hitler: por eso sí recuerdo haberme afligido bastante."

Pero cuando quedó claro que Alemania iba a caer antes de que la bomba estuviera lista, y el trabajo en Chicago comenzó a distenderse, el premio Nobel James Franck invitó a Seaborg a ser parte de su Comité para las Implicaciones Políticas y Sociales, que difundió un informe el 11 de junio de 1945 en el que recomendaba una demostración para los japoneses. Seaborg enumera argumentos a favor y en contra, pero no deja de admitir que el día que vio en los diarios la crónica de Hiroshima sintió satisfacción. "Hubiera preferido que las cosas fueran distintas, hubiera preferido una demostración, pero entonces pensé que la explosión tenía sentido."

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Santa Evita*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la *musa del peronismo* y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario.	1	3
2	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental desde los griegos a Sartre.	3	9
3	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	2	40
4	*Insomnia*, por Stephen King (Grijalbo, 29 pesos). Ralph Roberts es un reciente viudo que comienza a sufrir una paulatina pérdida del sueño, lo que no demora en permitirle vislumbrar una realidad aparte. La habitual maestría de King a la hora de narrar, un pueblo chico y un gran terror, en una de sus mejores novelas de los últimos tiempos, sin por esto alcanzar las alturas de El resplandor o La zona muerta.	4	5
5	*No sé si casarme o comprarme un perro*, por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana –inusual heroína de esta primera novela– pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿la caricia cómplice de un perro labrador o la mordida rabiosa de los hombres?	5	8
6	*El amor, las mujeres y la vida*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 24 pesos). Los mejores poemas de amor del escritor uruguayo en una selección realizada por el mismo Benedetti, que recupera en este libro la vena erótica, en una perspectiva no disociada de la política y la militancia.	7	5
7	*La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso *divertimento*. Un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, alguno que otro episodio amoroso y –como siempre– la mirada omnipresente del escritor bohemio donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con vertiginosa lentitud.	6	21
8	*Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	8	16
9	*Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza del Octubre Rojo* vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados: una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	9	17
10	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma mucho prestado de la vida de su propio autor.	10	19

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El palacio de la corrupción*, por Fernando Carnota y Esteban Talpone (Sudamericana, 14 pesos). Una investigación sobre los escándalos delictivos del Concejo Deliberante. Nombres y maniobras concretas que junto con las denuncias, los documentos y las causas judiciales, reconstruyen negociados en los que interviene la droga y el enriquecimiento ilícito.	1	4
2	*La novena revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	3	8
3	*La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado ¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?, el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	2	15
4	*Historia integral de la Argentina, III*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo del Tucumán, la creación del virreynato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.	5	12
5	*Un viaje por la economía de nuestro tiempo*, por John Kenneth Galbraith (Ariel, 16 pesos). El autor sintetiza la historia económica mundial desde la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa hasta la era Reagan y las implicaciones de la caída del comunismo, pasando por la aparición del keynesianismo.	4	8
6	*Historias de la Argentina deseada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina, yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso, hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	7	16
7	*Memoria a dos voces*, por François Mitterrand y Elie Wiesel (Andrés Bello, 18 pesos). Las *memorias del ex presidente* francés a través de una conversación con el premio Nobel de la Paz de 1986. La carrera de Mitterrand, los problemas políticos contemporáneos y la religión son algunos de los temas que se abordan en el libro.	6	5
8	*Judío, el ser en crisis*, por Jaime Barylko (Temas de Hoy, 16.50 pesos). La condición del judío en la actualidad posmoderna, la tradición, la fusión, la pretendida superioridad del pueblo judío, sus mitos y sus realidades son algunos de los temas que el autor aborda en este libro.	–	1
9	*Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano, el filósofo del fútbol, habla de su vida y del deporte más popular del mundo.	8	14
10	*Borges, un escritor en las orillas*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 16 pesos). Un ciclo de conferencias que la autora dictó en la Universidad de Cambridge. Las hipótesis de estas conferencias rescatan básicamente dos líneas: la posición del autor de *Ficciones* ante la cultura nacional y las concepciones políticas que trasuntan sus textos.	9	8

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny, Liberío y Expolibro (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán). **Nota:** Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Marguerite Yourcenar: **A Beneficio de inventario** (Alfaguara). Edición de bolsillo, excelente y económica, de siete ensayos de la autora de *Alexis o el tratado del inútil combate* y *Opus nigrum*. Yourcenar recorre la historia de la decadencia de Roma con una prosa exquisita, a la que suma una erudición singular en sus visitas a Selma Lagerlöf, Constantino Cavafis y Thomas Mann.

Carnets///

ENSAYO

Para leer a Don Fulgencio

LINO PALACIO. LA INFANCIA DE LA RISA, por Alan Pauls. Espasa Calpe, Colección Humor Gráfico, 1995, 182 páginas.

En *Lino Palacio, la infancia de la risa* Alan Pauls se coloca más allá de aquella clásica oposición entre apocalípticos e integrados que Umberto Eco consagrara en 1966. Y no es un mérito menor de su excelente análisis sobre el autor de "Avivato" y "Don Fulgencio" el postular una posición diferente a la habitual ante los fenómenos de la cultura de masas. Las rígidas fronteras de estratificación cultural se han permeabilizado ya lo suficiente como para que se reconozca que en la esfera de la cultura de masas aparecen objetos dignos de toda consideración por parte de la crítica y dedicarle un libro no implica hoy un escándalo. La naturalidad es una las marcas de estilo de este ensayo, pues Pauls no se sitúa de manera condescendiente, ni con ánimo de inventor ante un producto que forma parte del universo de las experiencias estéticas.

Se diferencia así de la actitud del propio Eco que, en los años sesenta, incorporaba la historieta como objeto desde el paradigma de lectura de la semiótica y de ciertas continuidades argentinas como los trabajos de Oscar Masotta. Pero sobre todo se aleja de una *zona de la crítica argentina* (en la que se destacan Aníbal Ford y Jorge B. Rivera) que se ha preocupado en reponer y prestigiar diferentes formas culturales que la crítica a la que se suele reconocer como académica había dejado de lado: las historietas, pero también los radioteatros o las letras de tangos.

El propio ímpetu con que se impulsó esta necesaria revalorización limitó, *sin embargo*, los alcances de los trabajos críticos sobre los objetos de la cultura de masas. En parte porque en ellos se debió otorgar un espacio importante a la dimensión meramente informativa pero, sobre todo, porque cierta impronta antiintelectualista (propia de la polémica que se sostenía contra la crítica "alta", "letrada" o "académica" que había despreciado estas manifestaciones culturales) debilitó la *complejidad*, el *rigor* y la *actualización* de los métodos críticos.

En esta última línea se privilegió la simpleza y claridad. La objeción parece dirigida a los intelectuales. Sin embargo, lo que subyace a esa exigencia, aunque se la haga en nombre y en favor del "hombre común", es una profunda subestimación: en el envés del antiintelectualismo que exige lo llano y lo fácil, está la idea de que el santificado "*hombre común*", en verdad, es duro de entenderas.

De este modo, la recuperación de las formas y las producciones de la cultura de masas por parte de la crítica quedó atascada entre dos callejones sin salida. Por un lado, las limitaciones que el antiintelectualismo imponía a la complejidad del modelo crítico de quienes se hacían cargo de tales objetos y, por el otro, el hecho de que se siguiera considerando (desde las formas más sofisticadas de los aparatos de lectura) que producciones tales como las historietas no eran objetos los suficientemente dignos como para ser abordados por semejante sofisticación.

No hubo demasiados intentos de sacar a la crítica de este empantanamiento; en este contexto de lecturas, marcado por el desprecio o el populismo, la aguda indagación de Alan Pauls sobre la obra de Lino Palacio propone otra formulación sobre la crítica y abre otras posibilidades. Ya en el final de su ensayo sobre *La traición de Rita Hayworth* de Manuel Puig (Pauls ha publicado, además, tres novelas: *El pudor del pornógrafo*, *El coloquio* y *Wasabi*) quedaba planteada la oposición a la idea de que los medios masivos pudiesen ser pensados sólo desde las teorías de la manipulación.

En *La infancia de la risa*, Pauls despliega un análisis amplio e inteligente de la obra de Palacio; logra ser ameno y claro en su exposición sin por eso hacer concesiones a la simplicidad en cuanto al rigor de la lectura. *La infancia de la risa* comienza deteniéndose en los "Detalles" de los dibujos de Palacio: Pauls observa, por ejemplo, los tobillos demasiado flacos y frágiles o las "malformaciones" de la espalda de las figuras creadas por Palacio. Luego dedica un capítulo a "Los personajes", en el que estudia la lógica de la construcción de personajes como Don Fulgencio, Avivato, Ramona, etcétera. Sigue una tercera parte, llamada "El chiste chasco", donde se analiza un chiste en cinco cuadros de Lino Palacio, titulado "Los ajedrecistas" (junto con el estudio de la representación de las "diosas" en los dibujos de Palacio, lo mejor del volumen). *La infancia de la risa* concluye con una parte dedicada a las "Posturas" y con un panorama general de la obra de Lino Palacio.



La impecable investigación gráfica de Martín Bonavetti dispone una articulación exacta entre los dibujos de Lino Palacio y los textos de Alan Pauls. Tanto la figura de los críticos como la de los dibujantes han sufrido el estigma de ser voces segundas respecto de un texto primero al que meramente debían ilustrar o comentar. En *La infancia de la risa*, en cambio, los dibujos y los textos se entrelazan en un diálogo horizontal en el que cada parte (la del ilustrador y la del crítico ilustrado) ilustra a la otra. El lector va y viene, de los dibujos al texto y del texto a los dibujos, en un goce simultáneo del humor y de la inteligencia crítica, de la historieta y de la reflexión.

MARTIN KOHAN

POESIA

Los sonidos de

PARA ALBERGAR UNA AUSENCIA, por Hugo Mujica. Pre-Textos, 1995, 80 páginas.

Este es el sexto libro de poemas de Hugo Mujica desde la aparición de su primera antología, *Brasa blanca*, en 1983. Nacido en Buenos Aires en 1942, estudiante de Bellas Artes por su fascinación por la pintura, pero también de filosofía, antropología filosófica y teología, hippie en Estados Unidos durante la década del 60, caminante de Europa entre 1974 y 1975 y monje trapense con estricto voto de silencio a lo largo de siete años, el hoy sacerdote y escritor es una de las figuras que más polémicas desató dentro de las estructuras nacionales de la Iglesia.

Justamente de su experiencia en el monasterio de la Trapa –la misma institución religiosa que inspirara la escritura de Ernesto Cardenal– Hugo Mujica extrae lo que podría llamarse el camino poético inverso del revolucionario nicaragüense. Mientras Cardenal pone el acento en la explosión y expansión de la palabra, Mujica prefiere valorar la sensación del silencio que se desprende de sus versos para mostrar, evitando caer en lo sobredimensionado, las posibilidades de un lenguaje mínimo en el cual nada está librado al azar: "Siempre queda algo de todo lo que pasa". El recorrido de Mujica hasta *Para albergar una ausencia* –abierto con el mencionado *Brasa blanca* y que continuó con los poemarios *Sonata de violoncelo y lilas*, 1984; *Responsoriales*, 1986; *Escrito en un reflejo*, 1987 y *Paraíso vacío*, 1992– incluye, además, cinco libros de ensayos (*Camino del hombre*, *Origen y destino*, *Camino de la palabra*, *Kyrie Eleison* y *Kenosis*) y la antología de cuentos *Solemne y mesurado* de 1990, prologada por Ernesto Sabato.

Admirador de Enrique Molina, Olga Orozco y Alejandra Pizarnik, las diferencias estilísticas con Cardenal lo sitúan, llamativamente, dentro de la poética defendida por algunos de los escritores nicaragüenses posteriores a la revolución y que fuera recogida por Mayra Jiménez en *Poesía campesina de Solentiname*. Hay en Mujica, entonces, ciertos reflejos del haiku japonés (el sueño de la naturaleza, por ejemplo) que se mezclan con los ecos occidentales de dos de sus grandes maestros preferidos: el poeta austríaco Georg Trakl y el filósofo alemán Martin Heidegger.

Compacto, mostrando una teoría de conjunto con frecuencia ignorada dentro de la poesía nacional, *Para albergar una ausencia* refleja –como lo hacía Trakl– la nostalgia por lo perdido al mismo tiempo que la desmesura de lo que vendrá: "Que el horizonte jamás se alcance/es el don final de la vida://el regalo de no tener regreso,/el atajo de estar perdidos". Así, ante la obra de Mujica, se podría afirmar junto a Heidegger que su poesía habla a

DIALOGO

El pragmático y el intelectual

El hombre político se expresa en primer lugar mediante sus actos: de ellos depende, a ellos se debe. Discursos y escritos son sólo piezas de apoyo al servicio de un obra de acción". Con estas palabras empieza el prefacio de François Mitterrand a *Memoria a dos voces*, su libro de conversaciones con el premio Nobel de la Paz Elie Wiesel, escritor judío sobreviviente del Holocausto. Sin embargo, podría decirse que todo en un hombre de Estado se convierte en acción, incluidos sus discursos, sus gestos y su propia indumentaria.

Los últimos meses de Mitterrand como presidente de Francia fueron pródigos en este tipo de *acciones*. Precisamente en el momento de mayor parálisis política, con un gobierno de derecha dividido por las ambiciones suscitadas por la sucesión y con una oposición de izquierdas cuarteada y desmoralizada, Mitterrand se dedicó a esculpir su propia escultura histórica mediante discursos, declaraciones, libros y gestos inesperados. Una de estas acciones lingüísticas es el libro que acaba de aparecer en traducción española, en el que se recogen varias conversaciones con otro actor de primera fila de la vida internacional como es Elie Wiesel.

El libro apareció en plena decadencia mitterrandiana, con su cáncer avanzando tanto como los escándalos, y en un clima de revelaciones espectaculares sobre el pasado del anciano presidente. En el fondo son unos textos muy desiguales, en los que se mezclan la entrevista de corte meramente periodístico, el diálogo olímpico entre dos monstruos de la escena mundial, los monólogos en paralelo sin conexión entre sí y el interrogatorio brutal, en concreto cuando Wiesel inquiere sobre las sombras ideológicas del pasado de su interlocutor, principalmente en los tiempos ambiguos en que fue seguidor del mariscal Pétain.

Ciertamente hay momentos auténticamente brillantes. No en vano se trata de dos interlocutores de excepción, capaces de producir verdaderas perlas literarias y filosóficas. Especialmente interesante es el contraste entre dos itinerarios tan distintos, tal como se refleja en el diálogo sobre la infancia y la juventud: la de un niño judío húngaro que consigue sobrevivir al horror de Auschwitz y la de un joven francés, de familia conservadora y católica, que combate a los alemanes, es hecho prisionero y se evade del campo de concentración. Para Mitterrand, el olor a incienso al entrar en una iglesia evoca la "intensa poesía" de los valores místicos. "Ese olor me daba miedo", dice Wiesel, en cambio.

MEMORIA A DOS VOCES, por Elie Wiesel y François Mitterrand. Andrés Bello, 1995, 194 páginas.

El contraste conoce momentos ásperos cuando Wiesel se convierte en abogado de la razón moral, en nombre de su condición de intelectual, frente a la razón política del hombre de Estado. Esto sucede a propósito de la actitud de los aliados ante el expansionismo de Hitler y más tarde ante el Holocausto judío, aunque muchas cosas en esta parte del diálogo evocan inevitablemente la actitud occidental con relación a la limpieza étnica de la población bosnia en territorio serbio. Wiesel clama indignado, mientras que Mitterrand parece comprender y conformarse, sin dejar de expresar su dolor.

En esto, como en las reflexiones sobre el poder, los diálogos permiten entrever algo de la miseria de la política contemporánea. El poder, la indignidad, el posibilismo, la claudicación caen sobre la cabeza del hombre de Estado, mientras el intelectual eleva el tono monocorde de su clamor. Al político se le inquiere sobre el secreto del poder. Y en el libro queda dicho bien a las claras: no existe, o sólo es que no hay secreto fuera de la ficción de que es secreto. Mientras que el intelectual, el que pregunta, tiene la llave de un poder que no se manifiesta como tal, que comparte con los otros poderosos y que Mitterrand explicita sinceramente, en todo el libro, en forma de una persistente e inequívoca voluntad, voluntad de poder claro.

LLUIS BASSETS

François Mitterrand
Elie Wiesel
MEMORIA A DOS VOCES
EDITORIAL ANDRES BELLO

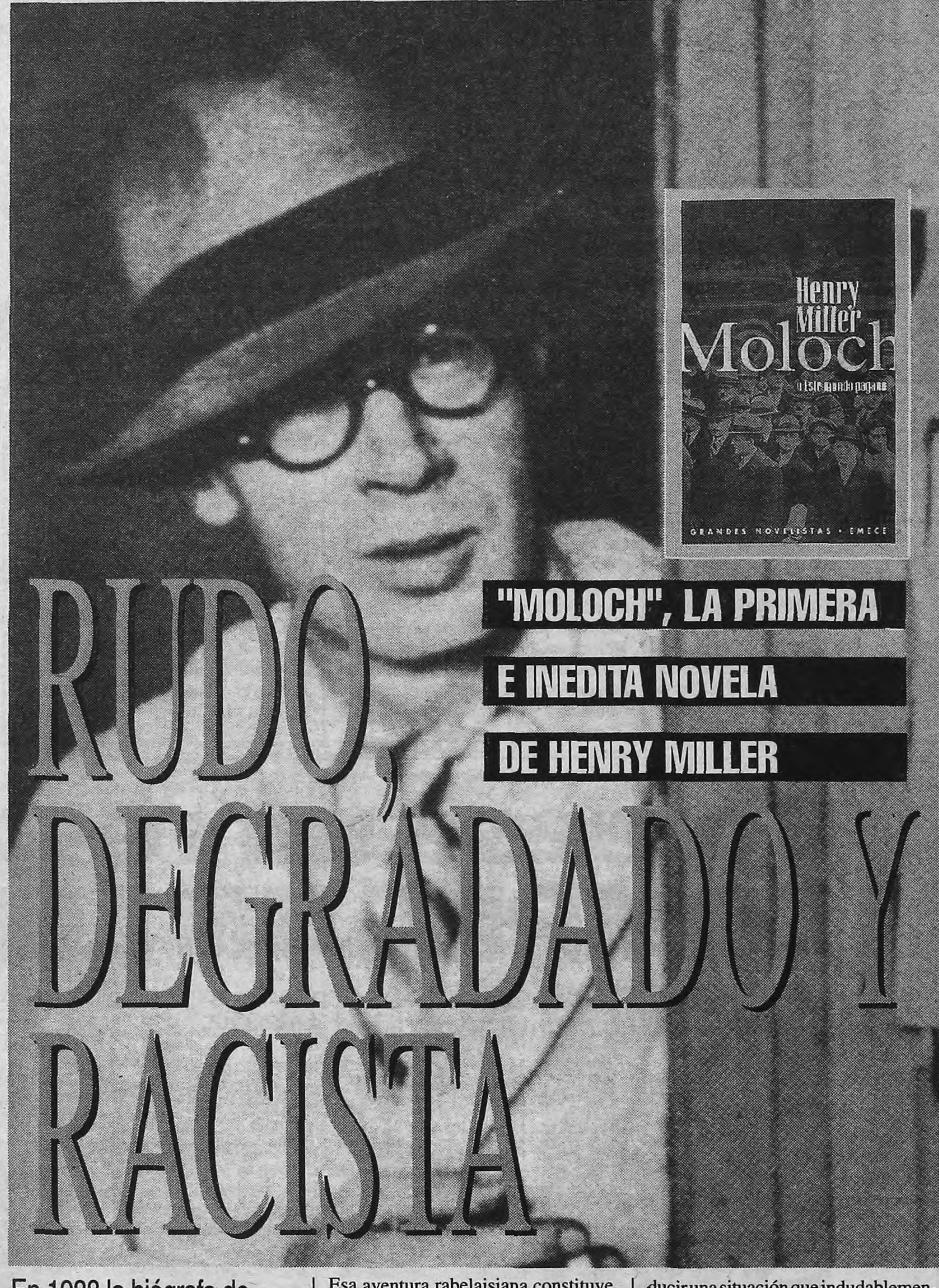
ilencio

Hugo Mujica
Para albergar una ausencia
Pre-textos poesía

artir de una equívoca ambigüedad. el mismo modo que para el filósofo er significa ingresar en el silencio, presar el verso que sigue de inmeato", Mujica propone en este libro na conversación del silencio que exalla observación. "Una virgen/que co-/con una aguja sin hebras/el traje/pasus bodas", dice el autor.

De esta forma, *Para albergar una usencia* se presenta como una fuente agotable de sonidos a punto de ser cuchados. O como prefirió demosarlo ese otro gran poeta argentino, an L. Ortiz: "Las cosas están allí siciosamente y uno va hacia ellas tamén silenciosamente".

MIGUEL RUSSO



RUDO, DEGRADADO Y RACISTA

"MOLOCH", LA PRIMERA E INEDITA NOVELA DE HENRY MILLER

En 1988 la biógrafa de Henry Miller, Mary Dearborn, encontró la primera novela del autor de "Trópico de Capricornio" y "Plexus", que en estos días distribuye Emecé y aquí se anticipa: "Moloch (o Este mundo pagano)". El texto data de 1929 y fue escrito por encargo para un probable amante de June Miller, quien había vuelto al lado de su esposo tras escapar a París con una amante, Jane. Un poco autobiográfica, "Moloch" cuenta la historia de un hombre rudo, atrapado en un trabajo degradante y desesperado por un matrimonio sin futuro.

HENRY MILLER

Dion Moloch caminaba con los soñolientos pasos de un noctámbulo entre las apariciones del Bowery. Digo "apariciones" porque, como sabe todo neoyorquino sofisticado, el Bowery es una vía pública en la que las almas condenadas pueden ser reparadas por el precio de una comida gratis.

Dion Moloch, un alma modesta y sensible, llevaba un traje de pana de Bedford y una camiseta celeste con puños y cuello lastimosamente raídos. A pesar de que trabajaba para la Gran Compañía de Telégrafos de Estados Unidos, no padecía de megalomanía, demencia precoz ni ningún otro desorden nervioso o mental de moda en el siglo XX. Se decía de él con frecuencia que era antisemita, pero serlo es un prejuicio, y no una enfermedad.

De todos modos, no era como uno de esos personajes de Gogol a quienes hay que informarles cuándo deben sonarse la nariz. En definitiva, era un estadounidense de tercera generación. No era ruso, en absoluto. Sus abuelos habían peleado en la Guerra Civil, en ambos bandos. El no había peleado nunca en una guerra. En realidad, había evadido el reclutamiento. No por cobardía, ni tampoco por ser un hombre de grandes principios, digamos, como Woodrow Wilson. No, más bien era un enigma para sí mismo, y porque consideraba que todo era un enigma.

Dos años después de la terminación de la guerra llegó a la conclusión de que los alemanes estaban en lo cierto, pero entonces ya era demasiado tarde, por supuesto, para alistarse en una causa perdida.

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, a Dion Moloch se le ocurrió casarse. Es un hecho que miles de estadounidenses pensaron lo mismo al ser llamados a las armas. Sin embargo, éste es un fenómeno que sólo concierne a los sociólogos.

A pesar de que durante años la guerra hacía estragos en una docena de frentes, y que un millón de sus semejantes eran convertidos en carne de cañón, Dion Moloch seguía siendo víctima de un hábito surgido en su infancia. Parecerá extraordinario que se mencione este detalle en conexión con la vida de esta persona cuando el mundo entero se veía convulsionado por un holocausto. No obstante, este detalle singular, por más trivial que parezca en comparación con los anales de una gran guerra, tuvo una incidencia muy importante en la futura carrera de Dion Moloch.

Para expresarlo de una manera concisa, nuestro héroe no podía levantarse cuando sonaba el despertador por la mañana.

Durante la ofensiva de Agronne se había enamorado de una joven pianista que estaba dando conciertos para contribuir a liberar el mundo para la democracia. La joven tenía el noble patriótico deseo de tocar las rapsodias de Liszt, pues las había aprendido en una escuela para señoritas en Montreal. Sin embargo, como sabía muy poco del mundo, y menos todavía de Hungría, no estaba segura de su gusto musical. Por lo tanto, se conformó con practicar los estudios de Liszt en un teclado, en su casa.

El asesino que arrojó la bomba al archiduque de Austria también juntó a estas dos criaturas. Quedó en manos de la Providencia unirlas.

Una mañana, cuando Moloch yacía dormitando pacíficamente, inconsciente del estruendo del frente occidental o de todos los frentes juntos, su madre (por alguna razón desconocida) se tornó injustamente encolerizada por su letargo. Quizá la noche anterior la habría agitado alguna desusada historia de atrocidades. De cualquier modo, se puso a pensar de la siguiente manera:

"Si rehúsa alistarse, por lo menos debería buscar un empleo".

Cuando más pensaba, más encolerizada se ponía. Por fin, acuciada por un repentino impulso ciego, se dirigió al fregadero y llenó un balde con agua. Un momento después derramó el contenido sobre él.

—Ahora levántate —gritó—. Inútil, haragán, ocioso... ¡vago!

El último insulto requirió la abdicación completa de su afecto maternal.

Sería inútil y tortuoso narrar los pasos sucesivos mediante los cuales, a partir de esta simple escena dramática, nuestro héroe se vio implicado en los ofídicos esfuerzos del matrimonio. Esa aventura rabelaisiana constituye, por sí, otro volumen. Baste relatar que no bien se levantó, Dion Moloch juntó sus pertenencias y se limpió los zapatos sobre el felpudo familiar por última vez.

Tampoco parece justo detenernos en el hecho (si bien da una nota de cierto color, un leitmotiv, diríase, a su futura carrera matrimonial) de que la mañana de su apresurada boda se vio obligado a pedir dinero prestado para cortarse el pelo y afeitarse. La novia, como sospecharán, pagó la licencia matrimonial, dato que ella no olvidó del todo durante toda la turbulenta relación.

Mirando el esclerótico pasado de Dion, lo que parece de gran importancia es que este hecho, a pesar de ser prematuro, hizo necesario que Dion Moloch buscara empleo.

Cuando lo encontraron por primera vez entre las "apariciones" en el Bowery ya había dado tres años de su vida a la gran corporación.

¿Qué lo trae por esta lúgubre calle, el Bowery? ¿Será para reparar su alma en medio del rataplán del tráfico? ¿O es el almuerzo gratis lo que lo atrae?

Acaba de salir de la casa de un lunático, en una de esas misiones autoimpuestas que su posición origina de vez en cuando y que él no encuentra del todo desagradables. Decidido a regresar a la oficina, atrae de pronto su atención un aviso que cuelga sobre un tramo de peldaños que llevan a un sótano sombrío. Son cuatro palabras inmensas, con caracteres de imprenta color ocre:

MUERTE A LOS BICHOS

Debajo de estas sulfurosas palabras había una tela cuyos colores afectaban la retina de una manera agradable, como si fueran huevos fritos. Era evidente que el pintor había intentado reproducir una situación que indudablemente resultaba de enorme interés para los residentes de la localidad. Se trataba de la imagen de una mujer desnuda de rubia cabellera y caderas abundantes, recostada, muy ocupada en rascarse las partes más tiernas de su anatomía. La cama no parecía apoyada con firmeza sobre el piso de tablas, sino más bien suspendida en el espacio. El consorte de la mujer acechaba, sigiloso, con una pistola de agua. El júbilo imbécil que demostraba sentir era causado, al parecer, por el espectáculo de un colchón inmundo del que emergía una hilera interminable de chinches. (La chinche es conocida por los científicos como *Cimex lectularius*: un bicho cosmopolita, áptero, chupasangre, de color marrón rojizo y olor asqueroso, que infesta las casas y sobre todo las camas. La cucaracha es su enemigo natural). Hasta el cubrecama sobre el cual yacía la amante de tono azafranado del asesino, a la manera, clásica ahora, de la Olimpia estaba manchado por estos bichos cosmopolitas ápteros de color marrón rojizo y olor asqueroso.

En este momento podría haber sucedido una serie de cosas. No hay nada más distante de la verdad que pensar que, dado un cierto ímpetu (como, por ejemplo, el retrato germicida en el Bowery), el héroe reaccione en el acto de una forma u otra. La espléndida dinámica del investigador de laboratorio, tan impresionante cuando se trata de ratas y deficientes mentales, resulta ineficaz con una mente y un organismo verdaderamente humanos.

...Posiblemente veinticinco cursos diferentes de acción se abrieron ante nuestro personaje. El único impulso al que resultó inmune fue el de comprar una muestra del extraño insecticida. Para él las propagandas de los subterráneos y los carteles llamativos que resaltaban en la campiña como una erupción carecían de significado. Sus gustos eran sencillos, sus necesidades pronto satisfechas. Los redactores de avisos publicitarios bien podían devanarse los sesos durante el próximo siglo sin despertar en él esa curiosidad fundamental sobre la cual el culto actual de la publicidad basa su efímera filosofía del éxito.

Jirones de pensamiento revoloteaban como las cuerdas pulsadas de un banjo epifónico en las grises circunvoluciones de su vórtice intelectual. De manera casi instintiva metió la mano en el bolsillo superior y desenterró una libreta de tapas de cuero en la que, con letra prolija, escribió las siguientes palabras:

"Releer *La casa de los muertos*."

Al volverse para abrirse paso y alejarse de la masa de carne sudorosa que lo rodeaba como un pólipo percibió, incómodo, el olor a santidad. Alguien ha dicho que es posible imaginar cómo es ese olor al leer la vida de los santos... Se detuvo un momento para inspeccionar el maloliente proletariado de Karl Marx. Lo asaltaron visiones... visiones de un inmigrante joven en el segundo piso de un poema de Ivanovich, u otro nombre por el estilo. El joven inmigrante daba vueltas en la cama, soñando con chinches y cucarachas, acosado por la miseria de su vida llena de privaciones, sin esperanzas de acceder a la violenta belleza fuera de su alcance. Dion Moloch tuvo el deseo irresistible de erguirse sobre las patas traseras y gritar:

—¡Entonemos al unísono una maldición!

Mientras tanto, una extraña cacofonía irritaba sus sentidos. Una progenie de criminales y lobos humanos atestaba la vía mugrienta del Bowery como coágulos de flema. En el mediodía de este día de la tercera década del siglo XX, la galería comercial de baratijas de Dick Croker, llena de piojosos, tísicos y condenados a cadena perpetua, era un torbellino de ritmos frenéticos: grúas que se balanceaban, campanas sonando, bocinas, el clamor de gongs, engranajes que encajaban y chirriaban. Ritmos enloquecidos y embriagados, como la combinación de un sombrero hongo marrón y un trombón de varas. El mundo de la máquina en un ritmo de abandono planetario glorificado. Un orgasmo de inorgánica lujuria ascendiendo al crescendo de una desintegración atómica. El extraño y sobrenatural cántico de un Bowery que ha cortado su vínculo de afinidad con el museo de baratijas de Dick Croker, plagado de veneno de ratas y de sífilis. Un verdadero lamento dedicado por el Trabajo al Capital sobre las cenizas de Rosie O'Grady. Una unión amalgamada de gemidos provista por los trabajadores internacionales del mundo... los estertores de la muerteproporcionados sin cargo por el Ejército de Salvación. Visiones de Chuck Connors con una cuchilla abriéndose paso a través del delirium tremens. Sombras de cometas crujiendo por el espacio romboidal hacia Buxtehude...

Lo que observó la chusma que colmaba las aceras durante este fárrago que se apoderó del alma de Moloch fue a un individuo modesto y sensible, de estatura mediana, de rasgos que eran una mezcla del estudioso y el fauno y que lucía una camisa de tela basta de algodón de un tono pálido debajo de un traje de pana de Bedford. Un mortal con dos piernas dentro de sus respectivos pantalones, como cualquier otro mortal del hemisferio occidental. No un pedagógico sádico, como ese artista del trapecio de la Isla Esmeralda; no un molesto tábano socrático picando el grueso cuero del filisteísmo británico; ni un eslavo flirteando con la eternidad en un baño de cucarachas. No, sólo un hombre de traje y tiradores... y calzoncillos para total comodidad de sus ingles. Un hombre cuyo nombre no es nada bizantino. Un estadounidense de tres generaciones, marido y padre, un alma modesta y sensible con simpatías decididamente antisemitas... Y sin embargo, gerente de empleos de la Gran Compañía de Telégrafos de los Estados Unidos ●